

El grano de mostaza

La pasada semana se abrió una nueva sección bajo este título. La conocida parábola evangélica del mismo nombre, por cuanto supone majestuoso fruto de un menudo y puro principio, nos indujo a la elección.

En esta sección aparecerán regularmente artículos seleccionados entre las firmas habituales de «La Voz del Estudiante». Pequeño semanario mecanografiado, exponente de una dignísima vocación y prueba evidente del gran esfuerzo de sus promotores. Desde estas mismas páginas, les dedicamos ya, en un número anterior, unas palabras de pláceme y aliento, en pro de la labor que realizan. Labor que además de redundar en beneficio de ellos mismo, — ya que ordenar y ofrecer sus pensamientos les hará más responsables, más conscientes—, beneficiará también a sus compañeros, como lección y ejemplo.

Nosotros, los que dejamos la propia juventud en un lejano recuerdo, tampoco quedaremos al margen de los beneficios de estas primicias juveniles, si sabemos leer con la debida humildad la ingenua sinceridad y osadía de sus ideas y sentimientos. Entre juventud y madurez la necesidad es recíproca. Buena es la sensata reflexión, el análisis riguroso, la valoración objetiva que los jóvenes, amén de un fin de experiencias, pueden aprender de nosotros. Pero igualmente bueno es que, gracias a ellos, podamos nosotros avivar el recuerdo del alma animosa, que un día imaginó poder sostener el mundo sobre sus hombros. ¡Que no pierda su preciosa fe la juventud! La necesitamos. «No os dejéis arrebatar demasiado pronto la ilusión y el orgullo de tener razón». (Wiston Churchill, de su Discurso a la juventud.)

Un país y una época sin arquitectura



Una de las Bellas Artes que más carácter da a una época es la Arquitectura. La Arquitectura es la consagración de lo material y de lo sólido en una realidad artística, a la vez que utilitariamente funcional. Por estas características de utilidad y de masividad, la Arquitectura impone la presencia estilística de una época en lo que es marco natural de toda manifestación culta: la ciudad. Presencia estilística de una época: es decir, el modo de vida — espiritual y externo — que da consistencia de imagen unitaria a los hombres que vivieron determinado tiempo y determinados hechos.

El estilo del Arte y el estilo de vida se hallan — por lo menos desde la perspectiva del tiempo — intrínsecamente unidos. Decir «románico» es señalar tanto un estilo arquitectónico y pictórico, como un modo de entender y de vivir la vida. Y entre ese estilo y ese modo existe una ecuación perfecta. Así, a medida que los siglos pasan, las ciudades conservan más o menos los restos o la integridad de la manifestación arquitectónica. El hombre no sólo se ha confeccionado un modo de vida, sino que desea que este modo de vida se manifieste, influya en todo lo que le rodea. ¿Cómo, pues, no iba a tener repercusión estilística en lo que es el arte de edificar un albergue, y de edificarlo con voluntad artística tanto como con voluntad utilitaria?

Evidentemente, empero, nuestra época — período difícil de precisar entre un comienzo y un fin, pero del cual todos tenemos intuición y vivencia perfectas — no consigue manifestarse plenamente en lo que a la Arquitectura se refiere. Esto, sobre todo, ocurre en nuestro país, en donde el mal gusto medio tiene un índice elevadísimo, en donde existe un nefasto conservadurismo por las formas de un pasado que no es más que pasado y que

sólo alcanza su grandeza en cuanto a tal, no en cuanto se quieren rememorar en hechos sus formas de expresión artística.

Hasta el siglo XIX, la Arquitectura española siguió una inteligente y viva adaptación al tiempo, a la contemporaneidad de las ideas, del gusto, de la sensibilidad universal y culta. Pero en cuanto lo decimonónico hizo crisis y dejó paso a las modernas lucubraciones de los artistas plásticos, el conservadurismo parato retiró su adhesión al artista. Esto también sucedió en otros países, claro está. Pero otros países — indudablemente con mayor receptividad que el nuestro, o con una sensibilidad artística más cultivada... — pronto reaccionaron. Por lo menos, reaccionó favorablemente, en pro del Arte moderno, esa minoría que a la larga es la que impone a una época la impronpta de su verdadera personalidad. No quiero decir con esto que en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, etcétera, todo sean formas arquitectónicas ultramodernas. Quiero decir que por lo menos existe un suficiente porcentaje de edificaciones — templos, casas particulares, monumentos etc. — que justificará el trabajo y la inquietud de unos arquitectos que fueron, que son, verdaderos hombres de su tiempo. Esto, por desgracia, no ocurrirá en España. Porque esta ocurriendo que esto ya no ocurre.

La sensibilidad española común no supo aceptar, ni en lo minoritario, la obligación de dar su asentimiento al espíritu arquitectónico contemporáneo. Ni supo ni sabe. Así, cuando hay que construir un edificio público, un banco, una iglesia, un monumento, se acude así siempre a los trasnochados cánones de un neoclasicismo o de un neorrománico siempre ramplones. Ciertamente que en las grandes ciudades hay muestras notabilísimas del indudable y elogiabile talento de los arquitectos modernos españoles, poseedores de personalidad de estilo propio. Pero, cuán pocas son estas muestras. Porque resulta que el arquitecto trabaja siempre por encargo y por lo general sufre las agresiones de la opinión del propietario cuyo inmueble va a construir. Opiniones que aun cuando fueran de un hombre culto y sensible al Arte, son ajenas a un estilo y a unas intenciones profesionales y artísticas del arquitecto.

(Termina en la página núm. 4)